

DISCURSOS PRONUNCIADOS DELANTE DEL CADAVER DEL DR. JORGE ALVAREZ LLERAS EN EL CEMENTERIO DE BOGOTA

UNA CREADORA LABOR

Por: **GENERAL JULIO LONDOÑO.**
*Artículo del Boletín de la
Sociedad Geográfica de Colombia
Número 2, Volumen X
Segundo Trimestre de 1952*

En nombre de la Sociedad Geográfica de Colombia

De todos los elementos que constituyen la nacionalidad, el suelo es el que cuenta con atributos más trascendentales y el que ofrece un apoyo más sólido al efecto profundo que puede experimentar por la propia patria. Y fue precisamente a este elemento tangible al que el Dr. Álvarez Lleras dedicó por entero el trabajo de su poderosa inteligencia y en el cual se adentraban las raíces de su amor a Colombia.

El sabía que la tierra es el molde que da forma a la historia, que concreta las aspiraciones artísticas, que da origen a los vientos huracanados de la política y que con la acumulación de los hechos pasados va fraguando el porvenir. Y sabía también que si no fijamos la mirada en el propio suelo ni encaminamos la mente al análisis de los diversos factores que le dan unidad, será incierto el porvenir, mezquina la política, sin fuerza el arte y pequeña la historia.

Y no debe creerse que este sentimiento del doctor Álvarez Lleras nació y tuvo vida en la comarca de la teoría. Su contacto con el suelo colombiano fue un hecho real: midió sus cordilleras, recorrió

sus ríos, delimitó pacientemente las tierras inhospitalarias del Chocó y estudiándolas con parsimoniosa detención cruzó las interminables planicies de nuestros Llanos Orientales. Y de manera especial trabajó sin tregua para captar el ritmo de nuestro clima tornadizo e inseguro, haciendo estadísticas, multiplicando las observaciones, estructurando hipótesis y haciendo todo aquello que le permitiera arrancar al tiempo sus secretos para que el surco, la siembra y la cosecha no siguieran sometidas al acaso en un pueblo que se enfrenta a un futuro incierto con su gran riqueza agrícola sujeta a las veleidades del azar. Finalmente fue un paladín de la exacta fijación de nuestras fronteras para que cada colombiano supiera exactamente hasta donde llegaban sus derechos y el Estado conociera el lindero preciso de su soberanía. Y estudiaba también al país comparándolo con otros en una forma justa y sincera porque no creía que fuera patriotismo el hecho de sentirse superior a otro país comparándose con él solamente en aquello en que el nuestro le supera. Pero como luchador tenía fe en el futuro de Colombia sin inmutarse por sus tropiezos ni desmayar en sus luchas porque comprendía que las naciones no han sido hechas para ser felices, y que cada vez que una de ellas disfruta de un período de felicidad que tiende a prolongarle peligrosa e indefinidamente, intervienen para hacerlo cesar, Dios, o las otras naciones o la nación misma. Estaba seguro de que en compensación a este trabajo de investigación y de criticismo al suelo habría de decirle al país, cuando se presentaran dificultades de apariencia insalvable, cuál era el camino que debía seguir, dirigiendo sus pensamientos y mostrándole la manera de resolverla.

A lo largo de su vida mantuvo vivo el recuerdo de todos aquellos que se esforzaban por el conocimiento de nuestra nación, Caldas y Mutis; Carrasquilla y Matiz, Triana y Cortés, todos ellos y muchos más fueron para él grandes hombres cuyo afán investigativo debía pasar como una antorcha de mano en mano de una generación a otra por todo el tiempo que pudiéramos vivir como país independiente. Creía que la memoria de tan grandes servidores de la nación había que llevarla lejos, tan lejos que tocara el terreno de la leyenda, porque sentía la enorme verdad que encerraba aquella frase de Schiller: "Ay! ¡Del país cuyos Dioses murieron!".

En cumplimiento de este deber ensalzó sin descanso el nombre de sus maestros, de aquellos que le enseñaron a conocer su propia patria para que pudiera amarla con mayor intensidad. De aquí su lealtad con Garavito cuya personalidad extraordinaria le ha disputado sin temor a la indiferencia y al olvido.

De aquí también su afán de que la juventud no perdiera esa tradición, no dejara de estar en contacto con la superficie de la tierra para lograr lo cual su palabra irradió hecha luz en las aulas de la Universidad hasta el momento en que la noche apagó su mentalidad prodigiosa.

Uno de los hechos que más llaman la atención en los trabajos de este sabio ilustre fue si constante preocupación por hacer intervenir al hombre en todas las obras que realizaba. Lo mismo sucede en sus estudios sobre el Chocó que en sus tratados sobre la meteorología colombiana. La superficie de la tierra o la interpretación de sus accidentes no eran para él cosas dignas de estudio si no se relacionaban de manera directa y principal con la vida humana. Todos los fenómenos de la naturaleza debían interpretarse en función del hombre. Abstraerlo del suelo del país era una falta de dignidad de las disciplinas geográficas. En tratándose del terreno de la patria, para él, como lo quería Pitágoras el hombre era la medida de todas las cosas.

Pero quizá el apostolado de este grande hombre no se mostró jamás con tanto relieve como en la Sociedad Geográfica de Colombia, en cuyo nombre vengo a rendirle un tributo emocionado. Cuando logró la formación de esta academia tuvo la certidumbre de que habría de perdurar a través de los años y que estaría llamada a darle al país un noble lustre especialmente más allá de las fronteras. Como su secretario perpetuo, desde los viejos muros del Observatorio Nacional sostuvo la lucha por la supervivencia de la Sociedad cuya causa hizo suya trabajando sin cesar por su engrandecimiento, buscándole conexiones por todas partes y haciéndola conocer por los cuatro caminos del mundo. Y allí en esa antigua casa al lado de Caldas, de Mutis, de Codazzi, de Liévano... la Sociedad Geográfica y la Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, le han abierto desde hace algún tiempo un campo para que su efigie guíe a los que han de continuar su trabajo en el conocimiento del suelo patrio. Amaba la Sociedad Geográfica porque para que ella existiera él había participado en la realización del prodigio; la amaba porque había luchado por ella, porque conocía la dificultad que entre nosotros existe para salir del patriotismo platónico y enfrentarse con los problemas concretos que plantea de continuo la geografía nacional.

Gran matemático, en el intrincado dominio de los números buscó siempre la manera de salirse del campo de la especulación para tratar de arrancar a la naturaleza sus leyes y convertirlas en fuentes de progreso poniéndolas al servicio del país con esa capacidad de servir y con ese desprendimiento de las cosas terrenas que hacen de su vida un ejemplo.

Hombre exacto, científico y razonador, trató siempre de llevar su vida al terreno de los casos concretos. La ciencia para él no podía tener origen distinto de la realidad. Pero trataba siempre de simplificar sus ideas haciéndolas cada vez más sencillas a fuerza de abstracción, y de esta manera llegaba sin saberlo al terreno del espíritu. Todo quería analizarlo, someterlo a la reacción poderosa de su inteligencia para unirlo luego en una síntesis de pensador, casi de artista. Trabajaba con hechos; en ellos encontraba el placer inigualable que le daba el noble ejercicio de su propia razón;

pero en los momentos de catástrofe, en los momentos en que todo parecía perderse y naufragar, volvía a las ideas primarias porque sentía una fe inquebrantable en la eficiencia de los grandes principios.

Estaba hecho del limo de Colombia, entendía la voz de su suelo y quizás por eso amó a su patria de esa manera sincera y entrañable. Y ahora regresa a esa tierra que conoció y que amó, esa tierra que seguramente elevará su plegaria hasta Dios para pedirle que, así como ella recibe apaciblemente sus despojos mortales, reciba él su alma, abiertos los brazos de su divina misericordia.

Bogotá, 21 de Abril de 1952

